

*

Nuestra Universidad se encuentra ahora en paz y trabajando. Se dice tan rápido, de forma tan natural y fácil, que quizá se olvida lo que fue el oscuro, lesivo y doloroso lapso de casi un año en el que se nos quiso enajenar el alma. En el que unos cuantos, de dentro y de fuera, se empeñaron en dar de la UNAM una imagen equívoca de violencia, irracionalidad y barbarie, absolutamente contraria a cuanto somos. Nunca le había tocado a la Universidad vivir una experiencia tan riesgosa, de tal cualidad y magnitud. La memoria de esos meses sombríos nos hace intensificar, por contraste, la conciencia de la invaluable fortuna de estar aquí, en esta feliz celebración.

En estos últimos tres años la Universidad ha podido recobrar su ritmo vital. Las aguas volvieron a su cauce y corren fluida y naturalmente en la dirección que les es propia. La UNAM ha recuperado su rostro verdadero y ha realzado su imagen pública, reencontrando su sitio de prestigio y prominencia dentro de nuestra sociedad. Los universitarios, así, hemos recobrado la tierra firme y con ella el incomparable sentimiento de pertenencia y de confianza.

Y muy significativamente, hace unos días, la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión le reconoce a la Universidad Nacional Autónoma de México su trascendental misión creativa y educativa, cuando decide inscribir en Letras de Oro su nombre. ¿Cómo no sentirnos en extremo orgullosos por tanpreciado acto? ¿Y cómo no sabernos en verdad privilegiados por habernos formado y ser formadores en esta honrosísima Casa de Estudios?



"Profesores de Historia Patria". *Atlas histórico de la Escuela Nacional Preparatoria...* s.l.s.l. [1910]

La Universidad Nacional y la profesionalización de las humanidades

Álvaro Matute

A principios del siglo xx la práctica de las humanidades carecía de todo referente institucional. Apenas en la Escuela Nacional Preparatoria se impartían clases de lógica, que conocieron buenos momentos con Porfirio Parra y con la discusión acerca de los libros de texto que se deberían emplear. Se enseñaba asimismo historia, en sus vertientes nacional y mundial, a partir de lo cual Justo Sierra dio muestras de su grandeza como profesor y autor de libros de texto excepcionales. La literatura quedaba a expensas del libre albedrío de los lectores. La discusión sobre los textos estaba reducida a los ámbitos privados, que iban desde la cantina hasta la calle pasando por salas y estudios,

sin que faltara la ansiada tertulia. Para ilustrar lo anterior, téngase en cuenta a Chucho Valenzuela, a Pedro Henríquez Ureña y Martín Luis Guzmán, peripatéticos del Centro a Santa María la Ribera, las discusiones en el estudio de Acevedo o la sala de Caso, y el encuentro en casa de los Pereyra (María Enriqueta) y los Casasús (tómese en cuenta que don Joaquín D. Casasús fue traductor de Catulo).

Ello era consecuencia de la secularización de la vida civil y política de México, a partir de 1867. La filosofía escolástica seguía siendo enseñada en los seminarios, o sea que de manera institucionalizada había dos filosofías posibles, la vieja escolástica que no alcanzaba todavía anteponer la



Escuela Nacional de Medicina. *Breve noticia de los establecimientos de Instrucción dependiente de la Secretaría de Estado y del Despacho de Justicia e Instrucción Pública.* México: Tipografía y Litografía "La Europea", 1900

partícula *neo* al tomismo y, en la Preparatoria, el positivismo. Las otras corrientes filosóficas quedaban constreñidas a los interesados en ellas, como José María Vigil, Plotino C. Rhodakanaty o los que adoptaron el krausismo.

Las humanidades habían cedido su lugar a las ciencias, pero algo de las primeras permanecería y, con ellas, una enorme nostalgia que se expresaría en el anhelo humanístico del Ateneo de la Juventud. Los ateneístas introdujeron desde 1906, tres años antes de constituir la asociación que les dio nombre e identificación generacional, el estudio, la discusión y la divulgación de las humanidades en espacios extraescolares. La filosofía y la crítica literaria y cultural fueron las disciplinas más frecuentadas por ellos. La solidez de Henríquez Ureña y Caso, las intuiciones geniales de Vasconcelos y la disciplinada precocidad de Reyes, para sólo aludir a los considerados "cuatro grandes" fueron las garantías ofrecidas para abrir nuevos senderos a partir del anquilosamiento al que había llegado el positivismo a partir de la muerte de su introductor al país. En sus polémicas con los positivistas en defensa de la Universidad

recién inaugurada, Antonio Caso dio muestra de que la filosofía no era un retorno a la metafísica, sino un medio fundamental para el conocimiento del hombre.

La Escuela Nacional de Altos Estudios no fue propiamente el espacio donde se profesionalizaron las humanidades, aunque sí lo fue para que florecieran y se identificaran con la joven Universidad. La labor de Henríquez Ureña resultó fundamental. Para él enseñar a analizar la literatura no era solamente asunto para diletantes; era un trabajo profesional. Y así como lo fue para la crítica literaria bien lo pudo haber sido para la filosofía, pero este terreno lo dejó en manos de Caso, que supo hacer lo suyo. La enseñanza de la historia florecía, por su parte, en el Museo Nacional, que pasaría a formar parte, de manera temporal, de la propia Altos Estudios. Ahí se gestó la trilogía básica: filosofía, letras, historia. Esto fue tomado en cuenta en 1924 cuando se fundó, aunque sea en el papel, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México.

Estrictamente mediaron quince años entre la fundación nominal de Filosofía y Letras, donde



Biblioteca Nacional. *Álbum Gráfico de la República Mexicana, 1910*. México: Gran Establecimiento Lito-tipográfico de Müller Hnos., 1910

también se estudiaba pedagogía y psicología, y lo que se evoca como la edad de oro de esa Facultad, a partir del arribo de los maestros del exilio español y la fusión generacional que se dio entre los ya míticos ateneístas, los “siete sabios”, que más bien se dedicaron a administrar la Universidad, los Contemporáneos, que impartían cátedras en la Escuela de Verano, y, para literatura, la generación de Taller, así como para filosofía los miembros del Hyperión. En la Ribera de San Cosme se ubicaba el centro de la vida intelectual mexicana. Ciertamente alternaban diletantes con profesionales, lo cual le daba precisamente la característica central del estilo con el cual se abordaban “segundas carreras”, trabajo académico vespertino, cursos de invierno de trascendencia, visita de profesores destacados, aparición de revistas institucionales como la propia *Filosofía y Letras* que editaba con pulcritud y rigor Eduardo Nicol, y las adláteres extra académicas *Letras de México*, la propia *Taller*, *Tierra Nueva*, *El Hijo Pródigo*, donde la cultura de México encontraba los mejores productos de su expresión.

El impulso de Mascarones alcanzó a llegar al momento del cambio a Ciudad Universitaria. Esa inercia duró los primeros años, en los cuales se comenzó a sistematizar el profesorado de carrera, que implicaba tener cubículos, y los egresados de Filosofía y Letras poblaron las aulas de los distintos planteles de la Escuela Nacional Preparatoria, que se expandió del Centro a Coapa, a la propia San Cosme, a Puente de Alvarado y a las calles de Guatemala. De pronto había ya siete preparatorias, y luego con el rectorado del doctor Ignacio Chávez dos más en Mixcoac y Lindavista, aparte de la reubicación de otras en Coyoacán, Tacubaya y La Viga. El estudio sistemático de las humanidades había generado su ciclo. El bachiller requería no sólo de la lógica positivista de los fundadores, sino de la amplitud humanística que les ampliara sus horizontes profesionales especializados con bases literarias, filosóficas, históricas y psicológicas. El profesorado fue dejando la improvisación por afición y afinidad, por una preparación recibida de maestros como José Gaos, Edmundo O’Gorman, Justino Fernández, Francisco de la Maza, Wen-



Edificio de la Universidad Nacional. *Grecas: Revista Arte Letras* Tomo 1, Núm. 2, México, D.F., Agosto, 1926



La Escuela Nacional Preparatoria. *La Escuela Nacional Preparatoria y las críticas del Sr. Dr. Francisco Vázquez Gómez...* México: Tipografía Económica, 1908

ceslao Roces, Leopoldo Zea, Adolfo Sánchez Vázquez, y los discípulos de ellos: Luis Villoro, Ricardo Guerra, Sergio Fernández, Joaquín Sánchez MacGrégor, Ramón Xirau, Rosario Castellanos, Alejandro Rossi, Abelardo Villegas, Margo Glantz, Luisa Josefina Hernández, en fin, una pléyade de egresados de la Facultad.

De manera paralela a la “edad de oro de Mascarones” se crearon institutos y centros en los que se desarrollaría el trabajo de investigación humanística. Si bien al principio de manera precaria e incierta, los espacios destinados a la investigación ofrecieron otra alternativa para la práctica profesional de las humanidades, aparte de la docencia a nivel medio superior. A ello contribuyó también el exilio español que traía el modelo del Centro de Estudios Históricos de Madrid, dirigido por Menéndez Pidal y por el que había pasado Alfonso Reyes, quien tomó ahí inspiración para fundar El Colegio de México. La apertura de campos de ejercicio profesional propició la paulatina regularización de la enseñanza superior de las humanidades. Ya para la séptima década del siglo las aulas de Filosofía y Letras comenzaron a ser ocupadas en el turno matutino, fue aumentando el número de alumnos provenientes directamente del bachillerato y se deslindaron las divisiones profesional y de posgrado. Aquel momento dorado de Mascarones, donde cada quien tomaba las materias que quería porque lo que le interesaba era saber, se fue perdiendo en los rigores de la escolaridad. Bien por un lado, mal por otro. Las humanidades se comenzaron a practicar como saberes especializados que alejaron a filósofos de historiadores y a éstos de filólogos y analistas de la literatura. Como siempre, un enriquecimiento empobrecedor. Se ponderó la interdisciplina, pero si se examina con cuidado la realidad, más bien se le hostilizó. Pese a ello, se comenzó a tomar en serio terminar una carrera y proseguir el camino hacia el posgrado. Más tarde sería obligatorio, a partir de la cultura de la evaluación. El caso es que las humanidades se encauzaron de acuerdo con los modelos internacionales prevaecientes.

La tensión que ha prevalecido durante el lapso en que se ha desarrollado su profesionalización ha sido la que marcó el cultivo de las humanidades desde el principio del siglo xx, la que existe entre la academización y la divulgación. Es decir: humanidades ¿para qué?, cuya respuesta podría complementarse con otra pregunta: humanidades ¿cómo? El para qué es el que fundamenta la ubicación de la enseñanza humanística en el bachillerato: el proceso formativo de las nuevas generaciones debe fundarse en las humanidades a fin de evitar la carencia de conciencia de pertenecer a un legado cultural que se rige por valores y que busca fines. Eso, y desde luego mucho más,



Minería. *Album la Capital de México, 1876-1900*. México: Universidad Iberoamericana, 2000

lo proporcionan el saber filosófico, histórico y literario. Siempre es de esperarse que un pequeño porcentaje de los esfuerzos de enseñanza/aprendizaje desarrollados en los ciclos escolares sedimente en los estudiantes. El gusto y la aceptación por el tipo de saber que proporcionan las humanidades se pone de manifiesto en las actividades de extensión y difusión que cotidianamente se desarrollan en salas de conferencias, museos, incluso en medios electrónicos de difusión masiva. De ahí también que la divulgación se haya convertido en un campo profesional más de los humanistas. Acaso la falta de deslinde claro entre investigación, difusión y docencia sea el origen de las tensiones. Debe quedar clara la idea de “cascada” que debe fungir como vehículo para que los productos de la investigación especializada lleguen pronto a la docencia superior y media y a la sociedad en general por la vía de la divulgación, aunque quienes produzcan una y otra cosa sean especialistas en inves-

tigar, enseñar o difundir. Lo que debe quedar claro es que, sin difusión, las humanidades no se realizan. Si los productos de la investigación se quedan atrapados en los claustros, la práctica es solipsista.

A casi cien años del momento en que los redactores de *Savía Moderna* se organizaron para impartir conferencias, el panorama ha cambiado cuantitativamente de manera notable. En lo cualitativo, por una parte, se depende como siempre, de las individualidades destacadas. El ingrediente distintivo radica en el respaldo institucional que forma y promueve la práctica de las humanidades. En eso, a partir de 1910 la Universidad Nacional de México, antes de ser Autónoma y después de haberlo conseguido, ha sido la institución que captó las inquietudes de los ateneístas que llevarían después a uno de ellos, José Vasconcelos, a organizar la educación pública, y siempre a la Universidad a fomentar la cultura humanística, estableciendo las bases para su profesionalización y su alta divulgación.